

Historias modestas

Hay historias modestas, apenas pequeños cuentos, sin héroes, pero llenas de valor, anónimas, ignoradas y olvidadas, que a veces regresan y te cogen desprevenido obligándote a volver la vista atrás, a recordar personajes y hechos, que podrían no tener nombre propio sino la impronta de una época y de unas vivencias. Estos recuerdos nos han estado acompañando, sobrevolando los avatares del día a día, y que de improviso acuden a nuestra memoria mutilados por el paso de los tiempos. Ahora son fruto de nuestra mala memoria, pero que sin duda son el testimonio de algo que fuimos, que somos, y que seguiremos siendo. ¿Hasta cuándo?

MANRIQUE “El Soldado”

Manrique estaba viejo. Ya era un hombre mayor, pero estaba más viejo de lo que cabría esperar. Los avatares de la vida la habían pasado por encima, dejando sobre él la huella decadente de una mala vida. Nada de eso fue voluntario ni elegido por él, las cosas vinieron así y no pudo, o no supo, oponerse a ellas. Ahora podía decirse, con buena parte de razón, que estaba viviendo la etapa más tranquila de su ya dilatada vida. Retirado de todo, no quería recordar su vida pasada, aunque esto, cuando se juntaba con gente de su edad, no era posible, siempre se terminaba en el mismo tema: los dramáticos sucesos que les marcaron a todos, a unos más y a otros menos, para el resto de sus vidas. Procuraba no relacionarse mucho con sus convecinos, pensaba que nada bueno podía esperar de ellos, pero cuando a solas, adormilado a la sombra de una olivera, o en la vieja cama de su habitación, cuando las sombras caían sobre sus párpados, la rancia película de unos días nefastos volvía a proyectarse en su subconsciente.

De joven, como todos sus amigos en el pueblo, era inconsciente y bastante irresponsable. Algo simplón por falta de conocimientos, no reflexionaba a la hora de actuar, y era incapaz de distinguir entre lo correcto y lo que no lo era, por lo que pasaba por bruto y primitivo, sin ser esto algo extraño en aquellos lugares. Carecía de malicia y picardía para encarar las cosas, y por eso era fácil de manipular para que sacara sus instintos más disparatados y ser parte de la diversión en cualquier circunstancia. ¡Botarate!

Nunca fue a la escuela. Desde muy pequeño fue arrastrado hasta el campo para ayudar en los trabajos para los que se hubiese requerido a un adulto, un hombre hecho y derecho, no un niño a medias de hacer, y así se quedó incompleto, embrutecida la mente por el sol, la lluvia y la escarcha, quedando encadenando tras el cansino andar de una caballería. Cuando el campo le dejaba tiempo libre, o en invierno al terminar la jornada, se reunían los amigos en el casino del pueblo a jugar unas partidas de dominó o de cartas. Ganase quien ganase, o perdiera quien perdiera, las partidas siempre terminaban en bronca bien remojadas con el vino peleón de cosecha propia, que el camarero les servía de una garrafa. Luego a casa a dormir la mona.



No leía los periódicos, ni escuchaba la radio, por eso no era de extrañar que viviese ajeno a cualquier cosa que pasara fuera de los límites de aquel pueblo. Un día, sin que nadie dijese el porqué, vino un camión al pueblo, obligaron a subir en él a todos los hombres jóvenes, Manrique y sus amigos también, y luego el camión salió del pueblo con su carga y con rumbo desconocido. Fue un viaje largo, y cuando llegaron a su destino, éste era un campamento militar perdido, nadie sabía donde, entre montañas. Allí les informaron que habían sido reclutas en el Ejército para luchar en una guerra.

Manrique y sus compañeros no entendían nada de lo que les estaba pasando



pero, como ya hemos dicho, eran algo botarates y se lo tomaron a risa. Una aventura siempre era una aventura. Sin darles tiempo a mayores reflexiones, les equiparon con ropa y con un equipo de campaña, les volvieron a subir al camión, y en marcha de nuevo, ahora, rumbo a la guerra.

¿Y qué era la guerra? En principio un campo de

entrenamiento para aprender a disparar. Lo de aprender a disparar era una ilusión, cuando les entregaron unos fusiles, no había para todos, se fueron turnando para sopesarlo, sobarlo un poco, y aprender donde estaba el cerrojo y el gatillo. Efectuó un disparo cada uno, y como no había más balas, allí terminó el aprendizaje de los nuevos soldados. En sus manos, y en su pericia como tiradores, confiaba la Patria su destino.

A Manrique, en el reparto de destinos, le tocó el de camillero. Como es de suponer tal destino se prestaba en la primera línea de fuego, trasportando heridos, o cadáveres, hasta el puesto de los sanitarios. Era muy peligroso, pero él no era muy consciente de ello, así que, junto a su compañero, un joven estudiante de apenas dieciocho años, y que no se había visto nunca en el campo, recorría el trayecto entre las trincheras y la retaguardia con la tranquilidad de quien lo hubiera estado haciendo toda la vida. Cuando las cosas se ponían más serias, y el número de muertos les hacía imposible el traslado de los mismos, en un tramo de trinchera abandonada los iban arrojando amontonándolos en aquella tumba improvisada. A algunos les tenían que descuartizar para que cupieran más.

Cuando llegaba la noche y cesaba el fragor del tiroteo, los dos camilleros se tumbaban en el suelo de cualquiera de las tiendas de campaña que usaban los sanitarios. Manrique terminaba cada jornada deslomado por el esfuerzo, y su joven compañero, molido, medio muerto, y sin entender nada de lo que estaba viviendo. Muchas noches, a la luz de una vela, leía y estudiaba de un grueso libro que guardaba en su mochila. Esta actividad de su compañero a nuestro protagonista le extrañaba, él se tumbaba y se dormía como un lirón, y en cambio, el otro, a pesar de estar tan cansado como él, se pasaba las horas con aquel libro. Picó su curiosidad, le preguntó el porqué, y le pidió que le enseñase a él a leer. Y así, en unas circunstancias tan incompatibles, aprendió sus primeras letras.

Una mañana, no sabían de qué día, terminó aquella guerra. El frente, lleno de combatientes como si de los aldeaños de un hormiguero se tratase, pronto quedó desierto ante la desbandada de los hasta entonces combatientes en busca de la protección de anónimos caminos, barrancos y montes desconocidos. Habían perdido.

Como si ellos tuvieran en algún momento posibilidades de salir ganando de alguna guerra, pero las consecuencias de perdedores sí las tendrían que sufrir. ¡Volved a casa! ¡Esto se ha terminado! Y ellos obedecieron. Las desconocidas cunetas, donde solía dormir mal arropado de la intemperie, se fueron haciendo conocidas. El arbolado, los cultivos, y hasta los caseríos que bordeaba, se parecían mucho a los que siempre había visto en su pueblo. Estaba en su tierra. ¡Por fin en casa!

¡Iluso! En el cruce de caminos, cuando apenas quedaban unos metros para llegar a su casa, le esperaba un pelotón de soldados enemigos, le prendieron sin mayores explicaciones, le obligaron a subir a un camión, y otra vez de camino, ahora con rumbo a la cárcel. Manrique era un traidor. Un enemigo de la Patria. Casi un asesino, e iba a pagar por ello. Y él, impotente y resignado, se preguntaba de dónde le venían a él tantos títulos.



A partir de aquí, la memoria de Manrique se oscurece hasta casi desaparecer de ella los sucesos ocurridos a partir de su detención y de su ingreso en la cárcel. No quería recordar el hacinamiento en las celdas y el consecuente dolor por las posturas que se veían obligados a mantener durante el día y la noche apretujados unos contra otros, las enfermedades que les castigaban continuamente, las “sacas” de cada mañana, el sufrimiento, la locura, las muertes “por causas naturales” que se sucedían a diario entre los presos, la falta de humanidad entre los carceleros... La angustia que les atenazaba por no saber el destino que les aguardaba, o por tener la certeza de él. Aquello que él quería mantener en el olvido estaba siempre presente día a día, y era la pesadilla que atormenta sus noches.

Junto a la libertad, que un día le llegó, nuestro hombre recibió un consejo: “No vuelvas por el pueblo, allí ya nada te queda por hacer. Es mejor que te marches lejos y que cambies de nombre. Nadie debe reconocerte.” Y Manrique siguió el consejo al pie de la letra, y junto a otros compañeros de cautiverio, marchó a nadie supo nunca dónde, allí vivió con cierta tranquilidad hasta que no le hizo falta el anonimato y pudo regresar al pueblo con su verdadera identidad.

Manrique goza ahora de una vejez tranquila en el pueblo. ¡Si no fuese por aquellos malditos sueños que no le dejan en paz! Tal vez aquello era un tributo que tenía que pagar para mantener la memoria de todo lo ocurrido. Se sentía respetado por los convecinos que sabían por lo que tuvo que pasar sin tener culpa alguna y simpatizaban con él. Otros como él habían regresado también al pueblo a pasar sus últimos días en el lugar que les vio nacer. Entre ellos había un pacto de silencio no escrito en lo referente a aquellos terribles años, aunque quienes no salieron nunca de aquel pueblo, se empeñasen en recordárselo constantemente, pero para hombres que habían pasado por lo que él lo habían hecho, aquello no suponía más que una pequeña molestia.

Lo que él hace ahora, es sentarse a la sombra de una olivera centenaria que hay en un cruce de caminos a la entrada del pueblo, y dormir, dejando suelta, muy a su pesar en su soledad, la fantasía del subconsciente. Allí, a la sombra de aquel viejo olivo, a cuyo cuidado tantas horas dedicó en su juventud, se encontraba bien. Pensaba que aquella olivera, como él, había sido testigo de demasiadas cosas, y que algún día el peso de tantos recuerdos terminaría con ellos. A veces le habla y cree que el árbol le escucha

y le entiende: eran camaradas. Allí, en confidencia, suelta el rosario de sus penas, algo que nunca diría a nadie más. Sabe de la complicidad del viejo árbol, y que sus confidencias serían unas más de las muchas que otros, antes que él, habrían recitado a su sombra. Ningún oído indiscreto sería conocedor de aquellas cuitas.

Cuando el relente refresca y le indica que el día se acerca a su fin, el anciano se levanta, y apoyado en su bastón emprende el camino de regreso a casa. Un día, el relente, no tuvo suficiente fuerza para despertarle. Pasadas algunas horas, el vecindario comenzó a preocuparse por su ausencia. Cundió la alarma, y la búsqueda terminó al pie de la vieja olivera, donde, recostado sobre su acogedor tronco, el anciano Manrique dormía ya su sueño eterno. Habían decidido no separarse nunca más. La vieja olivera, aquel invierno, perdió sus hojas.



Emilio MARIN TORTOSA